



Hagamos propósito de no hacer esperar más al Señor, «que si quiero dar disculpa, ninguna tengo»

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

San Ignacio en la meditación del infierno, en el primer preámbulo (E.E. nº 65) dice: «*pedir interno sentimiento de la pena que padecen los condenados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no caer en pecado*». Al menos lo tenemos que pensar, porque hay castigo.

Cuando por fin la Santa, vive de verdad y es toda para Dios, ella trae a memoria su larga lucha purificadora, tantas ansias que tenía de salir de aquel infierno en que vivía, atada y tan desasosegada.

«Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto, permite Su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas. Hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí casi haciéndome fuerza para que la tenga» (Vida 4,10).

Desde esta experiencia y desde este momento, Teresa de Ahumada es otra. Se ha abierto ya definitivamente a la conversión. De hecho ella misma se cambió de nombre y se puso Teresa de Jesús. Ya desde esta experiencia, en la que pudo haberse perdido, y al ser rescatada por Dios, va a seguirle llena de agradecimiento, ya no se entendería su vida sin estar junto a Él, porque apartarse, será perderse:

«Llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era al infierno» (Vida 21,5)

La visión del infierno le hizo a la Santa tomarse esto muy en serio, y con el fin de ayudar a salvar otras almas que veía se iban aquel lugar tenebroso, y en el que podía acabar ella si no cambiaba de vida:

«Estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio, mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme» (Vida 32,1).



Después de esta visión, no hizo esperar más al Señor, no ponía disculpas, todo le parece más fácil, al comprobar el gran amor que Dios le tuvo sacándola de allí, le va a doler cada vez más que otros vayan al infierno, que se condenen. No permitamos por no decidarnos de una vez, por culpa nuestra que vayamos al castigo merecido, al infierno. A ella la disposición que le queda es de hacer lo que pueda en adelante:

«Una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho» (Vida 32,4).

El Espíritu Santo no se contenta con invitarnos a que hagamos el bien, sino que quiere tomar las riendas de nuestra vida para empujarnos con más fuerza hacia Dios. Sin embargo, Él respeta nuestra voluntad y por eso no se adueñará de nuestra voluntad si nosotros libremente no estamos dispuestos a dársela. Y este es un obstáculo muy fuerte frente a la acción del Espíritu Santo. Tal vez correspondemos en parte a lo que Dios quiere y le damos algo de lo que nos pide, pero no llegamos a dárselo todo. Por eso es muy necesario hacer propósito de no poner límites a nuestra entrega, de no resistir en nada a las inspiraciones de parte de Dios. No pongamos demasiados obstáculos a su tarea. Dejemos que libremente obre en nosotros, que hoy lo sigue haciendo: El Cardenal J. Ratzinger decía: «*Algunos piensan que Dios, después de la creación, se ha "retirado" y ya no muestra interés alguno por nuestro asunto de cada día. Según este modo de pensar, Dios no podría intervenir en el tejido de nuestra vida cotidiana, sin embargo, en las palabras de Jesucristo encontramos la respuesta contraria. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios obra siempre y de que también actúa hoy, por eso debemos dejarle entrar y facilitarle que obre en nosotros. Es así como nacen las cosas que abren el futuro y renuevan la humanidad*»¹.

Al leer estos textos de la Santa, el Señor nos puede dar señales de su presencia, invitándonos a acercarnos más a Él desde ahora mismo, sin hacerle esperar más. Si Teresa hubiera continuado en este estado, no hubiera sido nunca Teresa de Jesús, habría seguido siendo Doña Teresa de Ahumada, y nunca Santa Teresa de Jesús. Ella estaba necesitada de conversión. ¿No lo estamos también nosotros?

«¿En quién, Señor, pueden así resplandecer como en mí, que tanto he oscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo! Ni tiene nadie la culpa sino yo. Porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia» (Vida 4,4).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

¹ CARDENAL. J. RATZINGUER, L'Osservatore Romano. 7 de octubre de 2002.